

humildad, pureza, paciencia, caridad, amor de Dios y de las virtudes mas eminentes. Todos los cristianos deben fijar los ojos en esta Reina para imitarla. En particular las vírgenes que se consagran á Dios, hallan en ella el modelo mas cumplido de lo que agrada á su divino Esposo. Pero no basta para tenerla verdadera devocion contentarse con invocarla, con dedicarla fiestas, ni aun con estudiar su vida y sus acciones; la devocion sólida consiste en la imitacion de sus virtudes tanto como puede permitirlo nuestra fragilidad. ¿Quién que no sea puro, verdadero y humilde, puede agradar á la mas pura y humilde de las vírgenes? ¿Quién que no ame y sirva á Jesucristo su Hijo, puede complacer á la mas amada y mas amante de las madres?

La devocion que agrada señaladamente á María, los ruegos que gusta escuchar esta grande protectora son los del pecador que la implora para que le obtenga de Dios gracias eficaces á fin de que abandone el pecado y corrija su vida; ó las del buen cristiano que la invoca para que le obtenga las que necesita para conservarse en la ley del Evangelio, y que su fragilidad no le saque del camino derecho. La devocion de este último es la perfecta, porque al mismo tiempo que implora á María, cuida de servir al Señor, y no la implora sino para servirle siempre, y para servirle mas. Se puede asegurar, que el que tenga esta

devocion experimentará el fruto, y que esta divina Madre que está llena del amor de Dios y de los hombres, y que es tan poderosa intercesora, no abandonará al que la pide con tanto acierto hasta conducirlo á la vida eterna. Pero llamarse devoto de María, Vírgen purísima, cuando se tiene el corazon corrompido, cuando no se reprimen las pasiones, ni se piensa en mudar la mala vida, es muy impropio.

Bien sé que los hereges se burlan, porque ignorando la verdadera doctrina de la Iglesia, ó tal vez por malicia la atribuyen ciertas opiniones excesivas sobre el culto de esta Santa Vírgen; pero los dogmas de la Iglesia estan en los decretos de los papas y de los concilios, en los catecismos aprobados, y no en los escritos de algun autor particular, que con celo indiscreto ha podido caer en excesos que la Iglesia desapruaba. Ya he dicho que la devocion á María debe ser muy superior á la que se ha de tener á todos los otros santos; que no es posible alabar bastante á esta sublime criatura, la mas perfecta que ha salido de las manos de Dios, la mas enriquecida de sus dones, y sobre todo Madre de Dios. Debemos venerarla como la abogada mas poderosa; pero no podemos pensar que pueda por sí perdonarnos y salvarnos. Se dice, que María manda en el cielo; pero debemos saber que en el cielo no hay otro poder que el de Dios, fuente ó principio de

todo bien y de toda gracia, y el de Jesucristo Dios y hombre, á quien su Padre le ha comunicado. El oficio de María es rogar é interceder por nosotros; pero no mandar. *Ruega por nosotros* la dice la Iglesia, y esto es lo que debemos entender.

Se dice tambien, que no podemos esperar ni bien ni gracia, sino por el canal de María. Esta expresion puede ser justa, si entendemos por ella, que esta Vírgen sin mancha es el canal que nos ha dado á Jesucristo, único dispensador de todos los dones y bendiciones celestiales. Seria grave error entender, que Dios y su divino Hijo no pueden acordarnos gracias sin la intervencion de María. Nosotros no reconocemos, dice el Apóstol, mas que un solo Dios, y un solo Mediador entre Dios y los hombres, que es Jesucristo. No podemos esperar gracia alguna sin la mediación de este divino Salvador, pues segun el mismo San Pablo, es el único que ha podido reconciliarnos con Dios, y el único que por su propio mérito puede obtenernos las gracias que necesitamos. Se puede dar á la Vírgen el título de mediadora por analogía, y por la fuerza que sus ruegos tienen con su Hijo, y por ser ella Madre dulcisima de todo el género humano.

Aunque la devocion á María sea tan justa como útil, es menester, no obstante, que esté siempre viva en nosotros la que ha de ser la primera y la mas esencial de un cristiano, que es la que

debe profesar á Jesucristo. Sus méritos son la única confianza de los hombres; ellos son los que nos consiguen el perdon de nuestros pecados, los que nos sostienen entre los escollos y peligros de esta vida, y los que por fin nos conducen al cielo. La misma Iglesia nos enseña tambien á llamar á María nuestra esperanza, y con este título la saludamos, considerando su mucha caridad y la eficacia de su intercesion.

El cristiano mientras vive, dice San Pablo, debe trabajar en su salvacion con temor y temblor. La conversion y la gracia final son dones gratuitos de Dios, y nadie ni nada puede dar la seguridad de obtenerlos. Acordémonos siempre de que el mismo Jesucristo nos ha dicho: Si pidiéreis alguna cosa en mi nombre, yo os la concederé; y observemos que no dice en nombre de otro, sino en mi nombre. No olvidemos tampoco lo que nos dice el grande Apóstol, teniendo por pontífice á Jesus, Hijo de Dios, que ha subido al cielo: Mantengámonos firmes en la fe que profesamos, porque el Pontífice que tenemos no es tal que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades, habiéndolas experimentado como nosotros, solo que no pudo pecar. Presentémonos, pues, con confianza delante del trono de su gracia, á fin de recibir allí misericordia, y ser socorridos en nuestras necesidades? ¿Quién, pues, á vista de tanta necesidad y seguridad no irá derechamente á ar-

rojarse á los piés de un Dios tan dulce y misericordioso? ¿Quién nos puede amar mas que Jesucristo, que murió por nosotros, que nos alimenta con su carne y su sangre, que desea y solo aguarda que le roguemos para oírnos? ¿Qué cristiano puede tener temor ni desconfianza? Roguémosle, pues, en derecho, y pidamos á los santos, en especial á María, Madre de misericordia, que rueguen por nosotros y nos ayuden con sus oraciones.

Debo sin embargo deciros, que cuando la devoción á María se arregla en los términos que la Iglesia prescribe, es la mejor, porque la de Jesucristo no entra en cuenta; pues es de la mas estrecha obligacion, ó por mejor decir, es la esencia y el fondo del cristianismo. ¿Quién puede dudar que esta Madre de misericordia, llena del espíritu de su Hijo, no se enternece vivamente por los que acuden á su proteccion? ¿Y qué podrá negar este Hijo infinitamente piadoso á la criatura que mas ama, y en quien ha derramado con profusion sus gracias? Que Maria sea, pues, el objeto de vuestra continua veneracion y amor. Acogeos á ella en todas vuestras necesidades, sobre todo para obtener los bienes espirituales. Ella es la Madre del amor hermoso, del temor filial y de la santa esperanza, y ella podrá procuraros estos bienes superiores á todos los del mundo. Ella os asistirá en la vida, y yo me atrevo á aseguraros

que experimentaréis su poderosa proteccion á la hora de la muerte.

Yo quisiera inspiraros tambien una veneracion particular á San José. Si Dios escogió á María para su verdadera Madre, escogió á José para esposo verdadero de María, para su padre putativo, y le fió la custodia y el cuidado de la Madre y del Hijo. ¿Qué títulos tan sublimes! ¿Qué derechos para ser escuchado! No olvideis á vuestro ángel de guardia; esta es la devocion general de todos los cristianos que saben que es el amigo, el compañero que Dios les ha destinado, que les sirve, les guarda y pide continuamente por ellos á Dios, y que les asistirá en la hora de la muerte. Despues de esto oscojed los que Dios os inspire; pero no olvideis que todos estos no son mas que siervos que piden por nosotros, y que Jesucristo solo es el Señor á quien debemos dirigir todos los afectos y adoraciones de nuestro corazon.

La devocion cristiana cuando es verdadera es interior, y siempre reside en el corazon que ama sinceramente á Dios y á los hombres por amor de Dios; en el corazon que está siempre pronto á obedecer sus mandamientos, y que solo espera en sus socorros y sus méritos. Sin embargo, el buen cristiano no debe contentarse con esta devocion interior, y debe declarar con actos exteriores los sentimientos de su alma. Esta obligacion nace tanto del respeto que debemos al prójimo, como

del que debemos á Dios; pues el que observe en nuestra conducta ó nuestros discursos algo que pueda desmentir esta idea, podrá escandalizarse ó autorizarse de nuestro ejemplo para imitarle. No se puede concebir cómo un cristiano pueda estar sin respeto en las iglesias: es tan contrario á la decencia como injurioso á la religion el verlos sin modestia en los templos, para pasar el tiempo, hablar de noticias y tal vez de sus desórdenes. No deberian presentarse sino con la compuncion y la humildad de pecadores que van á implorar misericordia, y se presentan con la disipacion y el aire de personas que van á divertirse, como los que van al teatro ó á las asambleas profanas.

Este desórden viene de que no estan penetrados de la presencia de Dios; de que no reflexionan que no se va al templo sino para adorarle, hablarle y suplicarle; que el mismo Dios exige de nosotros redoblado fervor y respeto cuando asistimos á las santas funciones de la Iglesia, y sobre todo al incruento sacrificio de la misa. ¿Qué escándalo tan repugnante es ver á tantos que en las procesiones en que acompañan al Señor y estan á su vista, déjos de seguirle con silencio y respeto, parece que no van sino para divertirse, y derramar los ojos por todas partes para ver y ser vistos, y en fin, que no se juntan en la comitiva que sigue á Jesucristo sino para insultarle y despreciar sus

castigos! Por el contrario, ¡qué espectáculo tan edificante es el de los cristianos que con el cuerpo y el corazon humillados manifiestan los afectos interiores de su alma con la modestia de su exterior, y parece que ven con los ojos del cuerpo todo lo que la fe enseña á los ojos del alma!

Aun me queda, señor, que hablaros de artículos muy importantes en la religion, y acaso los mas necesarios; pues aunque todos los que hemos dicho sean medios útiles y santos para evitar el mal y practicar el bien, es tanta la flaqueza y fragilidad humana, que á pesar de todo cae y viola la ley. ¿Cuál fuera nuestra desgracia, si la misericordia divina no nos hubiera proporcionado socorros mas poderosos, tanto para levantarnos como para fortificarnos en lo sucesivo? Este Dios lleno de bondad nos ha reservado medios eficaces con que podemos volver á entrar y crecer en su gracia y en todos los derechos del bautismo: tal es el sacramento de la Penitencia, y ademas para fortificarnos el sacrificio de la misa con el sacramento de la Eucaristia. Estos son los grandes tesoros de la religion, las fuentes inagotables de la gracia, tanto mas excelentes y dignos de veneracion, quanto su divino Fundador los ha proporcionado á la capacidad de los pequeños é ignorantes, y á la de los grandes y de los sabios.

Lo que debe relevarlos mas á nuestros ojos es el infinito precio de que estan revestidos. Sin du-

da que las oraciones públicas y particulares pueden obtener mucho del Señor; pero es á proporcion de la fe y de las otras disposiciones con que se hacen; pero en estos actos sublimes de la religion hay la ventaja de que fuera de que cada uno recibe un precio proporcionado al grado de su devocion, tienen en sí mismos una santidad y un precio superior que nos añade muchas gracias. Por eso la Iglesia nos recomienda tanto el uso frecuente de los sacramentos. La razon es clara, porque sin ellos no se consigue la salvacion, y porque ellos nos atraen poderosamente las bendiciones celestiales.

En efecto, señor, el cristiano frágil que no supo conservar la gracia que recibió en el bautismo, y que por la transgresion de la ley, de hijo de Dios que era se hace esclavo del demonio, el hombre que de heredero del cielo con Jesucristo se ve por sus pecados destinado á las penas eternas, no tiene otro remedio que lavar estas nuevas manchas en las aguas saludables de la Penitencia. Esta es la única tabla que queda despues del naufragio. ¡Pero qué misericordia de Dios! ¡qué consuelo para el hombre débil y miserable, que siendo tan inclinado al mal, y sabiendo resistir tan poco, se le haya concedido este nuevo medio de redencion! La religion nos dice que á todo pecador que con buena fe y determinado á corregirse, confiesa arrepentido sus pecados, Dios le abre

todas las puertas de su misericordia, le perdona en el instante, y le recibe como un buen padre á un hijo arrepentido.

El garante de esta promesa es el mismo Dios, y fuera hacerle injuria, y no tener justa idea de un padre tan clemente, dudar de que nos haya perdonado despues de una confesion íntegra y sincera. Solo debemos desconfiar de nuestra propia flaqueza con el temor de que nos arrastre á nuevas faltas, y por esto debemos acogernos á una oracion frecuente, y servirnos de ella toda nuestra vida para obtener la gracia, sin la que nos seria imposible sostenernos. Pero debeis saber que Dios se complace cuando nos ve arrepentidos, y le damos ocasion de perdonarnos, si volvemos á él con arrepentimiento verdadero y con propósito eficaz de corregirnos. Esta idea debe restablecer la paz en el alma, y hacernos andar de nuevo en su presencia con inviolable fidelidad.

No solo este sacramento nos es necesario para recobrar la gracia, mas tambien nos es útil para conservarla y crecer en virtudes; porque tiene dos fines principales: uno es hacernos adquirir la gracia que habiamos perdido, y el otro excitarnos á enmendar nuestros vicios pasados, facilitándonos el ejercicio de las virtudes contrarias. ¡Pero cuántos hay que han tenido momentos favorables, en que abriendo su corazon al dolor de sus pecados, los han confesado con el mas verdadero, y han

podido persuadirse con razon de la bondad divina, que se los habrá perdonado, y con todo eso no han conservado largo tiempo estos sentimientos, y han caido de nuevo! Hay mas confesiones que conversiones, y es mas fácil implorar la clemencia de Dios, que defenderse despues de la flaqueza humana. Hay otros, y estos son peores, que parece que se valen de su facilidad en perdonar para repetir sus desórdenes, como si el tribunal de la Penitencia fuera un lugar de refugio para vivir en la iniquidad.

El remedio de estos males es velar sobre sí, y pedir á Dios continuamente que nos sostenga con su gracia: leer libros devotos y asistir á sermones morales: escoger un confesor prudente, á quien tratemos como á un amigo de la mayor confianza, á quien demos cuenta del estado de nuestra alma, y con quien nos confesemos de nuestras culpas, aunque sean ligeras, para que nos aconseje en las tentaciones y peligros de la vida; porque fuera de los bienes que nos dará esta conducta dócil y obediente, el pecador debe saber que habiendo ofendido á Dios gravemente, no solo está obligado á velar sobre sí con mas atencion, sino á producir frutos dignos de penitencia.

Este es el dictámen de los santos Padres, que dicen que la vida de un cristiano debe ser una continua penitencia, tanto para borrar los pecados antiguos, como para preservarse de los nue-

vos. La oracion, el ayuno, la limosna, la mortificacion y las obras de misericordia deben ser el estado habitual del que fué tan injusto que abandonó á su Dios para entregarse á sus pasiones. El esclavo que huyó de su amo, y que á su vuelta no recibe mas que halagos y caricias, debe redoblar la fidelidad, y recompensar con la paciencia y mayor aplicacion á su trabajo el castigo de que se le ha dispensado por bondad.

Pero como á pesar de nuestra razon la naturaleza huye de todo lo que la puede hacer sufrir, Dios viendo que nuestra flaqueza no nos permitirá hacer penitencias voluntarias para borrar nuestros pecados y prevenir los nuevos, se digna por su misericordia de mortificarnos por sí mismo. Con este fin nos envia las pestes, las guerras, los incendios, los pleitos, las pesadumbres, la pobreza, y mas que todo esa larga lista de enfermedades que afligen á los hombres. ¿Quién puede numerar todos los males á que estan sujetos? ¿Y quién de nosotros no paga su tributo de dolor? El pecador envejecido en la iniquidad, y á quien sus remordimientos baldonan el desórden de su vida, debe saber que merece ser castigado, y debe aceptar con resignacion un castigo que él no hubiera tenido la fuerza de imponerse, alegrándose de desquitar con él en este mundo una deuda que le hacia responsable á pagar en el otro con pena eterna.

Esta sumision voluntaria, esta resignacion filial á todas las adversidades, nos hace ver un órden admirable en todos los desórdenes aparentes que Dios permite en el mundo. Y esta virtud, una de las mas importantes de nuestra religion, es la que llamamos paciencia, hija, segun San Pablo, de las tribulaciones. El cristiano debe sufrir, ó estar en intencion de sufrir por amor de Dios todo lo que le envia. Así lo han hecho y hacen todos los dias los santos que tienen un gefe que los anima con su ejemplo, y que con sus sufrimientos y dolores les ha enseñado á cargar su cruz. Sufrió el Señor por nosotros, dice San Pedro, para que marchemos siguiendo sus pasos. Es menester tener valor en las tribulaciones de la vida, y estar ciertos que quanto mas suframos por amor de Dios, tantas mas recompensas recibiremos. *Dichosos los que lloran, porque serán consolados,* dice Jesucristo (1), para aliento de los affligidos.

Si nuestra fe fuera viva, conociéramos bien que las tribulaciones son el camino mas seguro de obtener recompensas infinitas, y nosotros seriamos los primeros á buscarlas. No hay pena, no hay trabajo que no sea lijero por amor de Dios, y hasta la muerte misma se hace agradable. El último motivo de nuestro consuelo es conocer que Dios sabe mejor lo que nos conviene pa-

(1) Matth. v. 5.

ra ser virtuosos, y salvar nuestras almas; por consiguiente que es locura murmurar de la Providencia. En efecto, la experiencia nos muestra, que la prosperidad suele ser el principio de la prevaricacion, en vez de que la affliccion humillándonos y desengañándonos de los falsos bienes, nos hace acordar de Dios. La naturaleza corrompida quisiera que todo el camino del cielo estuviera sembrado de flores. Dichoso el que accepta con resignacion todo lo que Dios le envia. No es mi asunto tratar ahora del sacramento de la Penitencia; trataremos de esto cuando vos esteis en disposicion de hacer confesion general. Entónces os explicaré las condiciones y requisitos que necesita tan grande accion. Pero me ha sido preciso hacer memoria de él para abrazar toda la idea, ó el espíritu de nuestra religion.

Lo mismo digo del sacrificio de la misa. Esta es la accion mas santa, mas agradable y mas sublime para un cristiano. Este es el medio mas propio y eficaz con que puede dar á Dios el culto que le conviene, y obtener gracias de su misericordia. Esta es una accion á la que no se puede comparar ninguna otra, pues que ha sido instituida por el mismo Dios, y nos ha recomendado su ejercicio. La misa es una renovacion de la última cena que hizo nuestro divino Salvador, cuando consagró el pan y vino, y distribuyó su cuerpo y sangre á los apóstoles bajo las especies